

Tocar con los sentimientos

Basado en Mateo 8:14 y 15

“No tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4:15).

UN DÍA, poco después de que Jesús predicara el Sermón del Monte, la suegra de Pedro cayó enferma con fiebre. Esto no era nada extraordinario. La fiebre es un síntoma muy común pero, en ese caso, no se nos especifica la enfermedad que la originó. No cabe duda de que Jesús sanó a muchas personas con fiebre. Probablemente, esa buena mujer era anciana y, como es preceptivo con las personas mayores, la cuidaban con suma ternura y la trataban con respeto. Pero ahora estaba en cama, con fiebre. Sin los antipiréticos y los antibióticos de nuestros días, en aquel tiempo, en caso de enfermedad, poco se podía hacer salvo guardar cama. Por eso la enfebrecida suegra de Pedro encontró un lugar apacible donde reposar.

Jesús y sus discípulos se habían dirigido a la casa de Pedro con el fin de disfrutar de un más que merecido tiempo de descanso y asueto. En lugar de ser acogidos como de costumbre, con alegres saludos e invitaciones, los caminantes fueron recibidos a la puerta con susurros y expresiones graves. Una enfermedad es cosa seria, incluso para los jóvenes, pero para un anciano puede ser fatal.

Jesús acababa de bajar de la montaña, donde había sanado a muchos de sus enfermedades. La enfermedad no era ningún problema para Jesús. De él se había profetizado: “El espíritu de Jehová, el Señor, está sobre mí, porque me ha ungido Jehová. Me ha enviado a predicar buenas noticias a los pobres, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos y a los prisioneros apertura de la cárcel” (Isa. 61:1).

¿Cómo la sanó? Le tocó la mano. No como hacen los médicos, para tomar el pulso, sino para sanarla. La Biblia dice que la fiebre desapareció por completo y ella se levantó para servirlos. Por lo general, cuando alguien se recupera de un estado febril, se encuentra débil y agotado. Pero su recuperación había sido tan buena que, de inmediato, se ocupó de los asuntos de la casa y los servía.

¿Alguna vez lo sanó Jesús? ¿Le perdonó sus pecados? ¿Puso paz en su corazón? Entonces ¿por qué no extender la mano y ayudar a otros? Puede ser una gran bendición.

Seguir a Jesús

Basado en Mateo 8:23 al 27

“Estos son los que no se han contaminado con mujeres, pues son vírgenes. Son los que siguen al Cordero por dondequiera que va. Estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero” (Apocalipsis 14:4).

UNA TARDE, Cristo pidió a sus discípulos que navegaran hacia el otro lado del Mar de Galilea, al país de Gadara. Los discípulos desconocían la razón de esa petición específica en aquel momento determinado para dirigirse a ese punto concreto de la costa, pero Jesús sabía que allí el cielo le había encomendado una misión.

Podrían haber bordeado el lago, pero escogió cruzarlo en barca para tener la oportunidad de demostrar que él es Dios, tanto del mar como de la tierra firme, y para mostrar que es todopoderoso, tanto en el cielo como en la tierra. Consuela saber que tenemos un Salvador en quien podemos confiar y a quien podemos orar; un Salvador que sabe qué es estar en medio de una tormenta.

Jesús no cruzó el lago en un yate o en una embarcación de placer. Él y sus discípulos hicieron la travesía en una embarcación de pesca, sin lujos ni comodidades. Jesús subió a la barca seguido de sus discípulos. Otros que habían venido a escucharlo se quedaron en la seguridad de la tierra firme. Solo los verdaderos discípulos de Cristo están dispuestos a seguirlo en los peligros y las dificultades. Muchos preferirían ir al cielo por un camino más cómodo. Incluso preferirían no moverse de donde están, o regresar sobre sus pasos, a arriesgar-se a entrar en los peligros del mar. Pero los que quieren estar eternamente con Cristo tienen que seguirlo dondequiera que ahora los lleve: ya sea una embarcación, la cárcel o un palacio.

En cierta ocasión, un anciano miembro de iglesia comentó: “Entré en la iglesia y me acomodé en el asiento de terciopelo. Contemplé el sol que entraba a través de las vidrieras. El ministro, revestido con un manto de terciopelo, tras abrir una Biblia con los bordes de las páginas dorados y un marcador de seda, dijo: ‘Si alguno quiere ser mi discípulo, niéguese a sí mismo, tome su cruz, venda todo lo que tiene, déselo a los pobres... y sígame’”.

Si buscamos una vida de lujos y comodidades, probablemente nos quedemos en la orilla. Pero a los que siguen a Jesús dondequiera que vaya les esperan milagros y bendiciones.

Eche su ansiedad sobre Jesús

Basado en Mateo 8:23 al 27

“Echad toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros” (1 Pedro 5:7).

DURANTE LA TRAVESÍA, los sacudió una fuerte tempestad. Cristo pudo haberla evitado para que los discípulos tuvieran un viaje agradable, pero era necesario que aprendieran una lección de confianza. En ese momento lo ignoraban, pero esa tormenta era para su propio bien. Cristo quería enseñarles que sus seguidores no se librarán de las tormentas del camino. Del mismo modo, la iglesia se verá sacudida por vientos de doctrinas. Solo tras nuestra llegada al cielo disfrutaremos de una calma perpetua. Esta tierra siempre estará sumida en la agitación y el caos.

Después de haber predicado durante varios días a una gran multitud, Jesús estaba cansado. Imagine la energía que necesitaría para predicar de manera que cinco mil personas pudieran oírlo. En lugar de dejar que descansara, la gente se agolpaba a su alrededor pidiéndole que sanara sus enfermedades. Ahora, en aquella frágil embarcación de pesca, Jesús había encontrado un rincón tranquilo, recostó la cabeza y se durmió.

Esta es la única vez en que se nos dice que Jesús durmió. Sabemos que tenía que dormir, pero él dijo de sí mismo que no tenía dónde recostar la cabeza. Se durmió, no como Jonás, dormido en medio de una tempestad porque se escondía, sino con el sueño de la santa serenidad y la dependencia de su Padre. Se durmió para mostrar que, real y verdaderamente, era un hombre y que estaba sujeto a las flaquezas del cuerpo humano. El esfuerzo lo había agotado y estaba somnoliento. Ningún sentimiento de culpa ni temor podía turbar su reposo. Una frase célebre reza: “La buena conciencia sirve de almohada”.

Jesús pudo dormir completamente relajado porque confiaba en su Padre; no así aquel anciano, temeroso ante su primer viaje en avión. Sus amigos, deseosos de saber cómo le había ido, le preguntaron si le había gustado. “Bueno”, comentó el caballero, “no fue tan mal como había pensado; pero tengo que decir que en ningún momento dejé caer todo mi peso sobre el asiento”.

Cuando confíe en Jesús usted podrá “dejar caer todo su peso” en los brazos del Señor. Recordemos la invitación bíblica: “Echad toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros” (1 Ped. 5:7).

Vuélvase a Jesús

Basado en Mateo 8:23 al 27

“Cambia la tempestad en sosiego y se apaciguan sus olas.
Luego se alegran, porque se apaciguaron, y así
los guía al puerto que deseaban”
(Salmo 107:29, 30).

AUNQUE LOS DESDICHADOS discípulos eran navegantes experimentados y habían afrontado numerosas tempestades, ahora estaban terriblemente asustados. Aterrorizados, acudieron rápidamente a su Maestro. ¿Dónde más podían ir? Que Jesús estuviera tan cerca era algo bueno. Sus gritos y súplicas lo despertaron: “¡Señor, sálvanos!”.

Si quiere aprender a orar, póngase en peligro. Cuando sienta que su vida está en juego, correrá a Cristo, el único que puede ayudar en tiempos de necesidad. Los discípulos nunca antes habían orado así. La suya era una oración viva: “¡Señor, sálvanos, que perecemos!”.

Habían visto suficientes milagros para saber que Jesús podía dominar cualquier situación. Creían que podía salvarlos y le rogaron que los ayudara. Aunque Cristo vino al mundo como Salvador, únicamente podrá salvar a los que acudan a él. Si, por fe, usted pide la salvación que solo Cristo da, confiado, podrá acudir a él con sus necesidades cotidianas.

Los discípulos lo llamaron: “¡Señor!”, y luego rogaron: “¡Sálvanos!”. Cristo solo salvará a aquellos que estén dispuestos a reconocerlo como Señor y eso significa obedecerlo. Jesús dijo una vez: “¿Por qué me llamáis: ‘Señor, Señor’, y no hacéis lo que yo digo?” (Luc. 6:46).

Cuando los discípulos clamaron: “Moriremos”, reconocieron que su situación era desesperada y se dieron por perdidos. Era como si hubieran sido sentenciados a muerte, por eso clamaron: “Si no nos salvas, moriremos; apídate de nosotros”.

“Por fiera que sea la tempestad, los que claman a Jesús: ‘Señor, sálvanos’, hallarán liberación. Su gracia, que reconcilia al alma con Dios, calma la contienda de las pasiones humanas, y en su amor el corazón descansa. ‘Hace parar la tempestad en sosiego, y se apaciguan sus ondas. Alégrense luego porque se reposarán; y él los guía al puerto que deseaban’ (Sal. 107:29, 30)” (*El Deseado de todas las gentes*, pp. 308, 309).

Fe en Dios

Basado en Mateo 8:23 al 27

“Sálvanos, Jehová, Dios nuestro, y recógenos de entre las naciones, para que alabemos tu santo nombre, para que nos gloriemos en tus alabanzas” (Salmo 106:47).

MIENTRAS LOS VIENTOS azotaban la frágil embarcación de pesca y la lluvia caía sobre ella hasta el punto de hacerla zozobrar, los discípulos recordaron que Jesús estaba en un rincón. Quedaron sorprendidos de encontrarlo dormido apaciblemente y lo despertaron con sus súplicas: “¡Señor, sálvanos, que perecemos!”. Sus gritos despertaron a Jesús quien, aparentemente, estaba descansado. Quizá parezca que está dormido cuando su iglesia se ve sacudida por una tormenta, pero siempre responde. “Te levantarás y tendrás misericordia de Sion, porque es tiempo de tener misericordia de ella, porque el plazo ha llegado” (Sal. 102: 13).

En Mateo 8:26 la Biblia registra sus palabras: “Él les dijo: ¿Por qué teméis, hombres de poca fe?” No los reprende por haberlo molestado con sus súplicas sino porque hicieron caso a sus propios temores y se angustiaron. Primero Cristo los reprendió y luego los liberó. He aquí su método: primero nos prepara para poder recibir una bendición y luego la da en abundancia.

Preste atención a dos cosas: (1) Su decepción a causa de los temores de sus discípulos: “¿Por qué ustedes, que son mis discípulos tienen temor? Entiendo que los pecadores sientan miedo, que los navegantes paganos tiemblen en medio de una tormenta; ¿pero ustedes?” (2) Les descubre la fuente de sus temores: “Hombres de poca fe”.

¿Por qué es tan importante la fe? Los seguidores de Cristo tendemos a ser presa del temor cuando los tiempos son tempestuosos y a quejarnos cuando las cosas andan de mal en peor. La razón de que sintamos temor injustificado se encuentra en el hecho de que nuestra fe es débil, en lugar de ser un punto de apoyo para el alma donde anclar el remo de la oración. Por fe tendríamos que ser capaces de cruzar cualquier tempestad y llegar a la tranquila orilla a la vez que nos alentamos con la esperanza de que llegaremos sanos y salvos.

Sin embargo, la fe en que seremos librados no es fe en Dios. La fe en Dios, tanto si somos librados de la prueba como si no, implica que nos aferraremos a nuestra creencia de que Dios es amor y que estaremos en sus manos. “La seguridad presente y eterna de los hombres es Jesucristo, el Justo. Ninguna mano humana podrá arrancar un alma creyente de sus manos” (*Youth’s Instructor*, 17 de febrero de 1898). Hay cosas que solo se aprenden en medio de una terrible tormenta.

Confíe en el Señor

Basado en Mateo 8:23 al 27

“Confíad en Jehová perpetuamente, porque en Jehová, el Señor, está la fortaleza de los siglos” (Isaías 26:4).

EN MEDIO de aquel mar agitado por la tempestad, Jesús dormía en la barca de pesca pero la insistencia de sus discípulos lo había despertado. En cambio, él no manifestó ni prisa ni pánico. Sencillamente, se levantó y reprendió al viento y al mar. Lo hizo porque era el Dios de la naturaleza, el Soberano del mundo, el Todopoderoso.

Le resultó sumamente fácil: bastó con que de su boca saliera una sola palabra. Moisés había separado las aguas del Mar Rojo con una vara; Josué detuvo el Jordán con el Arca de la Alianza; Eliseo, con su manto; a Cristo, en cambio, le bastó una palabra para dominar las aguas. Él tiene dominio absoluto sobre toda la creación.

Inmediatamente sobrevino una gran calma. Por lo general, tras una tempestad el agua está tan agitada que tarda un tiempo en calmarse. No obstante, cuando Cristo pronunció la palabra, además de cesar la tempestad, todos sus efectos desaparecieron y el mar recobró la tranquilidad y la calma. Los discípulos estaban atónitos. Conocían bien el mar y jamás habían visto que una tempestad amainara tan rápidamente. Obviamente, era un milagro. Era obra del Señor y, por lo tanto, para ellos era un prodigio.

Los discípulos quedaron impresionados. Se preguntaban quién era Jesús. Cristo era extraordinario. Todo en él era admirable. Nadie era tan sabio, tan poderoso ni tan agradable como él. ¿Y por qué? Hasta el mar y los vientos lo obedecen. Otros pretenden curar enfermedades, pero él es el único que puede dominar los vientos. Ignoramos los caminos del viento (Juan 3:8), menos aún lo controlamos. Pero Aquel que saca el viento “de su depósito” (Sal. 135:7), una vez fuera, lo encierra “en sus puños” (Prov. 30:4). Si puede hacer esto, ¿qué no hará?

Jesús puede hacer por nosotros lo mismo que hizo como Dios de la naturaleza. El mismo poder que calmó el mar puede apaciguar nuestros temores (Sal 65:7). Basta una palabra de ese mismo Jesús para que la calma siga a las grandes tormentas del alma dudosa y apesadumbrada. Lo único necesario es que acudamos a él con fe.

No desfallezca

Basado en Mateo 9:2 al 6

“Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados”
(Mateo 9:2).

UN SÁBADO, después del sermón, un hermano se me acercó y me preguntó si podía orar por su madre ya que tenía algunos problemas físicos. Accedí a ello. Los otros miembros de la familia y su madre se reunieron en una de las salas de la Escuela Sabática.

Propuse a la familia que, antes de pedir al Señor que sanara el cuerpo de su madre, le pidieran que también supliera las necesidades espirituales que pudiera tener la familia. Luego pregunté a los distintos miembros de la familia si entre ellos había algún problema espiritual. Tras una corta pausa, uno de los hijos confesó que entre ellos había resentimientos. Sugerí que era preciso orar a Dios para que primero sanara la amargura de la familia y luego pediríamos la sanación de la madre.

En una reunión de un campamento de verano, una mujer se me acercó y dijo: “Pastor O’Ffill, mi esposo y yo queremos tener un bebé. Hemos ido al médico y parece que no hay ningún impedimento. Queremos un hijo ahora. Le digo a Dios que tiene que darme un bebé. Ahora quiero que usted ore para que él me lo dé”.

Para mí era claro que su ansiedad por tener un bebé la había llevado a enojarse con Dios. Yo podría haber dicho que estaba bien haber orado juntos en ese momento. Pero en ese instante tuve el presentimiento de que para ella había algo aún más importante que tener un hijo y en eso estaba la raíz del problema de su enojo con Dios.

La llamé por su nombre y dije: “Usted está enojada con Dios. Pienso que lo primero que tiene que hacer es pedirle que la perdone por su mala actitud hacia él”. Y oramos.

Al año justo de haberla conocido, nos volvimos a ver. Llevaba en brazos un bebé precioso. Me dijo que había quedado embarazada justo después de haberle pedido a Dios que la perdonara.

Un día trajeron ante Jesús a un hombre para que lo sanara. Lo primero que hizo Jesús fue perdonar sus pecados (ver Mat. 9:2). Sanando al parálítico Jesús enseñó dos importantes lecciones. La primera es que él tiene poder para perdonar los pecados; la segunda, que no podemos separar la sanidad física de la espiritual.

¿Siente hoy la necesidad de que Jesús sane una enfermedad de su espíritu? Pídaselo.

Cumplir la ley

Basado en Mateo 9:17 al 19

“No penséis que he venido a abolir la ley o los profetas; no he venido a abolir, sino a cumplir” (Mateo 5:17).

SUPONGAMOS QUE ESTOY conduciendo por la ciudad donde vivo. Imagine que llego a un cruce y el semáforo está en rojo. Me paro y espero a que cambie. Cuando se pone en verde, continúo; pero luego, al cabo de medio kilómetro, hay otro semáforo que también está en rojo. Esta vez no me detengo, sino que, sin más, sigo adelante. Como puede imaginar, al instante, detrás de mí, veo un automóvil con unas luces centelleantes sobre la capota. Se trata de un agente de policía. Hace que me detenga junto a la acera. Bajo el cristal de la ventanilla, me pide mi permiso de conducir y me dice que me pondrá una multa por haberme saltado el semáforo en rojo. “Pero, agente”, replico yo, “no sé por qué tenía que detenerme en ese semáforo en rojo. Me detuve en el último y, en lo que a mí respecta, he cumplido la ley. No creo que tenga que detenerme más en ningún semáforo en rojo”.

“¡Ridículo!”, dirá usted; y con razón. Cuando me detuve en el primer semáforo, cumplí la ley, pero al hacerlo no anulaba la ley. Al contrario, reconocía su validez.

Jesús lo dejó claro para los que lo escuchaban –y para nosotros que lo escuchamos ahora– cuando en realidad dijo: “No vine para anular la ley, tampoco a repudiarla, ni tampoco eliminarla. Vine a cumplirla; o, lo que es lo mismo, obedecerla”.

Cuando mi esposa me pide que vaya al supermercado, me da una lista con las cosas que necesita. Yo compro todo lo que hay en la lista; en otras palabras, cumpla su petición. Hay quienes enseñan que Jesús vino a eliminar la ley de Dios. Esto es imposible, porque dijo que había venido a cumplirla; es decir, a someterse a ella. Jesús realzó la ley, porque los fariseos enseñaban que todo lo que hay que hacer es cumplir la ley de forma externa. Jesús enseñó que hay que obedecerla desde el corazón.

Para algunas personas, parece que la ley de Dios es, por así decirlo, un yugo sobre sus espaldas. Esto hace que sea difícil de sobrellevar. Yo quiero tener la ley de Dios en el corazón y cumplirla desde dentro hacia fuera.

Basta con creer

Basado en Mateo 9:18 y 23 al 26

“Pero sin fe es imposible agradar a Dios, porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que él existe y que recompensa a los que lo buscan” (Hebreos 11:6).

EN CIERTA OCASIÓN, mientras Jesús discutía con los fariseos, un gobernante se le acercó, se arrodilló ante él, lo adoró y le pidió que resucitara a su hija recién fallecida. Una solicitud así era muy inusual, por lo que mostraba la desesperación del padre. Muchos le pidieron a Jesús que los sanara, pero ninguno fue tan atrevido como para pedirle que resucitara a un muerto.

Otra prueba de que se trataba de una petición extraordinaria es que, en lugar de enviar a un sirviente, el hombre se acercó personalmente. Este es un ejemplo a seguir. No tenemos que confiar en las oraciones de los demás. Podemos acudir directamente a Jesús para presentarle nuestros problemas y nuestro sufrimiento, sabiendo que nos escucha y que responderá según su sabiduría.

De inmediato, Jesús dejó la discusión con los fariseos y siguió al gobernante. Además de concederle lo que pedía, quería hacerlo en su casa. Parecía una petición imposible. En aquella época no había nadie que hubiera resucitado de entre los muertos. Sin embargo, de un modo u otro, aquel jefe de la sinagoga (ver Mar. 5:22; Luc. 8:41) sabía que, aun en sus primeros años de ministerio, Cristo cumplía la descripción del tan esperado Mesías y estaba dispuesto a arriesgar su reputación por demostrar públicamente su fe. No cabe duda de que estaba en juego la vida de su hija y que el afligido padre no podía menospreciar la posibilidad, por remota que fuera, de que Jesús pudiera devolverla a su familia.

¿No es magnífico que Jesús lea en nuestros corazones? A veces responde aun antes de que le pidamos nada. Otras, por su gran sabiduría, no nos da lo que pedimos, sino algo aún mejor. “Cuando nos parezca que nuestras oraciones no son contestadas, tenemos que aferrarnos a la promesa; porque el tiempo de recibir la respuesta ciertamente llegará y recibiremos las bendiciones que más necesitamos. [...] Dios es demasiado sabio para equivocarse, y demasiado bueno para negar un bien a los que andan en integridad” (*El camino a Cristo*, p. 143). Me alegro de que Dios no responda a todas mis oraciones, porque a veces pido cosas que no son lo mejor para mí. Hoy, mientras hable con Jesús, dígame que está convencido de que él hará todas las cosas por su bien.

No es más que un sueño

Basado en Mateo 9:18 y 23 al 26

“Y nuestra esperanza respecto de vosotros es firme, pues sabemos que así como sois compañeros en las aflicciones, también lo sois en la consolación” (2 Corintios 1:7).

JESÚS SIGUIÓ AL padre de la niña fallecida y los discípulos fueron tras ellos. Como predicadores de su doctrina, tenían que ser testigos de los milagros del Maestro.

El pequeño grupo se apresuró a la casa del gobernador, de la que salían ya fuertes lamentos mientras la familia se preparaba para el funeral. Una vez que hubieron entrado, apenas podían moverse a causa de la gente que se había agolpado. Jesús ordenó: “Apartaos”.

A veces, cuando tenemos el corazón lleno de las preocupaciones del mundo, a Cristo le resulta difícil entrar. Sin embargo, cuando estamos agobiados, Cristo nos dice: “Hazte a un lado, deja espacio para el que es el Consuelo de Israel”. “Así como abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación” (2 Cor. 1:5).

Las plañideras se debieron preguntar por qué Jesús les pedía que se callaran. Tenían la costumbre de llorar como manifestación de respeto por el difunto. Y Jesús les dio una buena razón para callar y hacerse a un lado. “La niña”, dijo, “no está muerta, sino que duerme”. Entonces, en vez de llorar, la gente empezó a burlarse de Jesús. Todos en la casa sabían a ciencia cierta que la niña había muerto. Pero Jesús conocía su poder y se había propuesto convertir la muerte de la niña en un simple sueño. No hay mucha diferencia entre el sueño y la muerte, excepto en la duración de tiempo. Si el que es la Resurrección y la Vida dice que la muerte es un sueño, ¿quién se lo discute?

Para los que mueren en el Señor, la muerte no es más que un sueño. El sueño es una muerte corta y la muerte es un sueño largo. “Perece el justo, pero no hay quien piense en ello. Los piadosos mueren, pero no hay quien comprenda que por la maldad es quitado el justo; pero él entrará en la paz. Descansarán en sus lechos todos los que andan delante de Dios” (Isa. 57:1, 2). Pero la muerte de los justos es especial, porque se la considera un sueño. Además de descansar de sus fatigas, reposan en la feliz esperanza de un nuevo y alegre despertar en la mañana de la resurrección, cuando se levantarán para una nueva vida. ¡Bendito Salvador!

Despierta

Basado en Mateo 9:18 y 23 al 26

“En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia; estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza” (Salmo 17:15).

IMAGINE QUE CORRE para estar al lado de un buen amigo cuya hija acaba de morir. En el lugar hay otros que también ofrecen su apoyo. La familia lo lleva junto a la cama y usted está de pie, con semblante triste, mirando el cuerpo inerte y sin vida. Entonces usted expresa su sentimiento de dolor y todos empiezan a llorar a gritos.

En ese momento, un joven entra en la habitación seguido de sus amigos y, con voz de mando, dice: “Háganse a un lado. La niña no está muerta, tan solo duerme”. Yo no sé cuál sería su reacción, pero sí le puedo decir qué hizo la gente de Capernaúm. En Mateo 9:24 leemos: “Se burlaron de él”. Es decir, se mofaron de Jesús. ¿Se lo imagina? Jesús era el único que podía ayudar y... se burlaron de él.

La multitud salió de la habitación. Jesús entró y tomó a la niña de la mano, como si fuera a despertarla y ayudarla a levantarse. Y la niña se sentó; no después de una larga y complicada oración, sino tras un simple toque. De la misma manera, las almas muertas no resucitarán a la vida espiritual a menos que Cristo las tome de la mano.

La noticia de este milagro se extendió rápidamente y, pronto, todos hablaban de él. La gente hablaba más de los milagros de Cristo que de su doctrina. Es más agradable hablar de lo sobrenatural que de las ideas y los principios. El misticismo atrae nuestra atención con más fuerza que la espiritualidad. Preferimos escuchar: “Levántate de los muertos”, en lugar de “Arrepiéntete de tus pecados y conviértete”.

Al principio de su ministerio, Jesús escogió vivir en Capernaúm. Los lugareños debieron conocerlo bien y él intentó una y otra vez acercarse a ellos mediante la predicación y los milagros. Pero ellos no quisieron recibirlos, ni a él ni su predicación. Más adelante, entristecido, Jesús declaró: “Y tú, Capernaúm, que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida, porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido hasta el día de hoy” (Mat. 11:23). ¡Qué bendición perdió la ciudad!

“El diablo me obligó a hacerlo”

Basado en Mateo 10:5 al 15

“Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Efesios 6:12).

UN NIÑO DISCUTÍA con su hermanita, cosa común entre hermanos. Pero cuando la hermana pequeña, llorando, corrió en busca de su madre, esta pensó que tenía que tomar cartas en el asunto.

–¿Qué pasa con ustedes dos? –preguntó–. José, le diste una bofetada a tu hermana y le has dejado la marca en la mejilla. ¿Qué tienes que decir?

José respondió en su defensa:

–Pues ella me devolvió el golpe...

No se dio cuenta de que su explicación revelaba a su madre que él había empezado la pelea.

Culpar a los demás por las cosas malas que hacemos es un juego muy antiguo que, en el cielo, cierto ángel empezó después de sentir que no se lo respetaba lo suficiente. Luego Adán culpó a Eva por comer del fruto prohibido y Eva culpó a la serpiente por haberla engañado. Desde entonces no hemos dejado de echarnos las culpas unos a otros.

Muchas veces, las personas sometidas a juicio aducen que se lo habían ordenado unas voces que habían escuchado. A menudo declaran: “El diablo me dijo que lo hiciera”. Sé que la posesión demoníaca existe. Pero dicho esto, también tengo que decir que creo que en mucho de lo que se le atribuye al diablo probablemente él no sea el responsable directo. Más bien sea el resultado de trastornos emocionales o psicológicos que, a menudo, se pueden aliviar con medicación.

Cuando Jesús envió a los setenta en su misión, les dio poder sobre los demonios. A su regreso exclamaron: “¡Hasta los demonios se nos sujetan en tu nombre!” (Luc. 10:17). Presentar batalla al diablo despierta fascinación; cuando combatimos contra nuestros malos hábitos y nuestras debilidades, se nos dispara la adrenalina.

Pero, de hecho, no podemos recurrir a la excusa de que el diablo nos obligó a hacerlo, porque él es un enemigo que ya fue vencido. No puede obligarnos a hacer lo que hemos decidido que no haríamos. En Juan 12:31, Jesús declaró: “Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera”.

Jesús, como el segundo Adán, vino a destronar al diablo y ha tomado su lugar (Apoc. 11:15). Satanás ya no tiene poder sobre nosotros. ¡Alabado sea el Señor!

El diablo desdentado

Basado en Mateo 10:5 al 15

“Les dijo: ‘Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo’”
(Lucas 10:18).

TÉNGALO POR SEGURO: El diablo intentará que hagamos cosas que están mal, pero no puede obligarnos. Si pertenecemos a Jesús, no puede poseernos; pero sí ponernos en un aprieto. El diablo tratará de vencer al cristiano y hacer que peque. He aquí algunas de sus artimañas:

- Intentará afligirnos físicamente (2 Cor. 12:7; Luc. 13:16; Hech. 10:38).
- Tratará de incitar una fuerte oposición contra nosotros y nuestro mensaje (Apoc. 2:10).
- Intentará crear confusión entre los creyentes.
- Procurará que nos sintamos deprimidos, perturbados y sin rumbo.
- Instigará miedos irracionales en nuestro corazón.

Querrá confundirnos con pensamientos impuros.

Tratará de arrastrarnos al error doctrinal (Gén. 3:13; 2 Cor. 11:3, 14, 15).

Puesto que Jesús es Señor de este mundo, cuando nos sintamos asaltados por las fuerzas del mal, debemos acudir a él. En él tenemos un intercesor que ha vencido al diablo y, gracias a Dios, podemos dirigir nuestras oraciones a Aquel que ha ganado verdaderamente la victoria.

En el zoológico, un empleado entró en la jaula de un gato montés sin nada más en las manos que una escoba. Cerró cuidadosamente la jaula y procedió a barrerla. El trabajador no disponía de un arma que lo protegiera de un ataque de la fiera. De hecho, cuando llegó a la esquina de la jaula donde yacía el gato, lo empujó con la escoba. El gato montés gruñó y se fue a otro rincón de la jaula.

–Realmente, usted es un valiente –comentó un visitante.

–No, qué va, yo no soy valiente –respondió él mientras seguía barriendo.

–Será que el gato es manso.

–En absoluto –respondió el celador–. No es nada manso.

–Si usted no es valiente y el gato no es manso, no entiendo por qué no lo ataca.

El hombre se echó a reír y, con aire confiado, dijo:

–Verá, señor; es que ya es viejo y le faltan los dientes.

El diablo tampoco tiene dientes. Jesús le arrancó los colmillos cuando murió en la cruz por nosotros. Reclame hoy esa victoria como suya.

Señor del sábado

Basado en Mateo 12:8

“Porque el Hijo del hombre es Señor del sábado”
(Mateo 12:8).

LA MAESTRA INTENTABA explicar cuán desalentador debía ser para Jesús verse perseguido y criticado constantemente por los escribas y los fariseos. Entonces dijo: “¿Cómo se sentirían ustedes, alumnos, si alguien anduviera siempre persiguiéndolos y esperando que cometieran un error?”. Entonces, uno de los alumnos del fondo del aula murmuró: “¿Dónde conoció a mi madre?”.

Por crítica que su madre fuera, nunca nadie ha sido juzgado con tanta dureza como Jesús. Los fariseos estaban constantemente al acecho, esperando encontrar alguna razón que les permitiera matar a Jesús.

Un sábado, los discípulos seguían a Jesús mientras cruzaba un campo de trigo. Probablemente se dirigían a la sinagoga, porque, en sábado, no tenían costumbre de dar paseos innecesarios. La Biblia dice que tenían hambre. Mientras caminaban por el campo, recogieron algunas de las espigas que los segadores habían dejado caídas en el suelo.

Los fariseos, que los observaban, fueron corriendo a Jesús y se quejaron: “¿Viste eso? Tus discípulos acaban de hacer algo que no se puede hacer en sábado”. El problema no era que estuvieran tomando el trigo de otro, porque recoger las espigas caídas de las gavillas segadas no estaba prohibido. No, el problema era que lo hacían en sábado. En sentido estricto, según la tradición de los ancianos, en sábado estaba estricta y expresamente prohibido espigar y descascarillar trigo porque se consideraba una forma de siega.

Jesús justificó a sus discípulos recordando incidentes similares que los propios fariseos consideraban como buenos. Luego concluyó la argumentación diciendo: “Pues os digo que uno mayor que el templo está aquí. Si supierais qué significa: ‘Misericordia quiero y no sacrificios’, no condenaríais a los inocentes, porque el Hijo del hombre es Señor del sábado” (Mat. 12:6-8).

Los fariseos habían añadido una norma sobre otra –todas tradiciones humanas y no leyes divinas– hasta el punto de convertir el sábado en una carga casi imposible de santificar. Cristo quería que, en todos los tiempos, su iglesia supiera que el sábado, aunque ordenado por el cuarto mandamiento, no está sujeto a las restricciones de los ancianos de los judíos. Si Cristo es el Señor del sábado, es conveniente que le consagremos a él ese día.

Hacer el bien

Basado en Mateo 12:8

“Está permitido hacer el bien en sábado”
(Mateo 12:12).

CADA MAÑANA, cuando nos levantamos, tenemos qué hacer. Es preciso ir al trabajo, a la tienda de comestibles, ir a llevar a los niños a la escuela... ¿Por qué el sábado por la mañana muchos buscan cualquier nimiedad como excusa para no ir a la iglesia?

¿Acaso no sabemos que la obra de Satanás es mantenernos alejados de la adoración? Él quiere que pensemos en nosotros mismos y no en Dios. Si pudiéramos ver a los ángeles buenos y malos batallando por nosotros, pondríamos todo nuestro empeño en no permitir que nada nos impidiera asistir a la iglesia. No prestaríamos atención a las distracciones que Satanás, para desviar nuestra atención, pone en nuestro camino. A pesar de que los fariseos criticaban duramente a Jesús, cada sábado él iba a la sinagoga. Cada vez que nos excusamos de adorar con la familia espiritual es un triunfo para Satanás.

Cierto sábado, en la sinagoga, un hombre que tenía una mano seca se acercó a Jesús. Los fariseos observaban desde la distancia, ansiosos por ver cómo Jesús quebrantaba el sábado delante de todos los fieles. En presencia del desdichado, los fariseos preguntaron a Jesús: “¿Es lícito sanar en el día de reposo?”. Puesto que era hombre, Cristo estaba sujeto a la ley, pero no a la tradición de los ancianos.

Jesús respondió: “¿Qué hombre entre vosotros, si tiene una oveja y esta se le cae en un hoyo, en sábado, no le echa mano y la saca? Pero, ¿cuánto más vale un hombre que una oveja? Por consiguiente, está permitido hacer el bien en sábado” (Mat. 12:11, 12). El hombre extendió la mano y fue sanado.

Al sanar a aquel hombre en sábado, Jesús mostró que era lícito y correcto hacer obras de misericordia en ese día. Hay muchas maneras de hacer el bien en sábado. Visitar a los enfermos y a los presos, ayudar a los pobres sin hogar, dar estudios bíblicos y pasar el tiempo con la familia también son buenas obras.

El Señor también quiere que descansemos en sábado para que podamos renovar el cuerpo y el espíritu. Disfrutar de la naturaleza y de la amistad cristiana son otras maneras de hacer el bien en su día.

“¡Hosanna al Rey!”

Basado en Lucas 19:29 al 44

“Y la gente que iba delante y la que iba detrás aclamaba, diciendo:
 “¡Hosana al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre
 del Señor! ¡Hosana en las alturas!” (Mateo 21:9).

¡PARECÍA COMO si todo el mundo hubiese oído hablar de la resurrección de Lázaro! Probablemente era a causa de que Betania, la pequeña población donde vivía Lázaro, estaba muy cerca de Jerusalén. El rumor había corrido y ahora las multitudes acudían para ver a Jesús y a Lázaro, el hombre a quien había resucitado.

La turba seguía a Jesús mientras este iba de camino a Jerusalén. Cuando se acercaban a la ciudad, Jesús envió a dos de sus discípulos para que fueran a buscar una asna y su pollino; subió a lomos del asna y continuó hacia su destino. Otra multitud, saliendo de Jerusalén, se reunió con los demás y, formando una gran procesión, marcharon hacia la ciudad. Era difícil de creer. Al cabalgar sobre el asna, parecía que Jesús les decía que estaba dispuesto a ser su rey.

La entusiasta multitud arrojó al camino por donde tenía que pasar Jesús palmas y ramas de olivo, así como sus mantos. De ese modo, Jesús, al entrar en la capital de su nación, recibió los honores dignos de un rey. Sin embargo, nada de lo que sucedía parecía normal. Se alejaba demasiado de cualquier otra cosa que le hubiera sucedido al Salvador. ¿Por qué lo permitió Jesús?

Una de las razones por las que Jesús toleró esa entrada triunfal en Jerusalén era que quería declarar abiertamente que era el Rey, pero no un rey como el que esperaba el pueblo. Solía hablar abiertamente de su misión. El pueblo podía saber, porque se lo había dicho, quién era y por qué había venido. Pero nadie le había prestado atención o, si alguien lo había hecho, solo había escuchado lo que le interesaba. Les había dicho que su reino no es de este mundo. Pero ellos tenían su propia idea preconcebida de cómo iban a ser las cosas.

Nosotros corremos el riesgo de cometer el mismo error. En esta tierra, los reyes son ricos, pero Jesús era pobre. Los reyes de esta tierra tienen a quienes se ocupan de todas sus necesidades, pero Jesús vivía para servir a los demás.

Señor, haz que no olvide ser lo que tú fuiste para que, algún día, pueda estar donde tú estás.

Alabad al Señor

Basado en Lucas 19:29 al 44

“Alabad a Dios en su santuario; alabadlo en la magnificencia de su firmamento. Alabadlo por sus proezas; alabadlo conforme a la muchedumbre de su grandeza” (Salmo 150:1-2).

OTRA RAZÓN por la que Jesús permitió que el pueblo lo honrara aquel día en Jerusalén era animar a sus seguidores, especialmente a los discípulos. Habían estado con él cuando lo rechazaron sus enemigos y ahora quería darles a probar un pequeño anticipo de su gloria.

Por una vez les permitiría que arrojaran sus mantos y ramos aromáticos a su paso. Por una vez, entusiasmados, se subirían a los árboles para cortar las olorosas ramas con las que marcarían su camino. Pronto los traspasaría el dolor de verlo arrestado en Getsemaní y llevado preso ante Caifás y Pilato para que lo condenaran a muerte.

Para la gente común ese día debió ser una experiencia inolvidable. No cabe duda de que en esta vida pasamos por muchas pruebas y decepciones. Aunque Jesús sufrió y murió, lo sostuvo la esperanza de ver la gloria más allá de la tragedia. Cuando todo parece estar sumido en la más densa tiniebla y que no tenemos salida, nos hacemos bien en poner la vista en la meta, nuestra esperanza. Me gusta la letra del himno titulado “Una esperanza” (*Himnario adventista*, ed. 2009, n° 181) porque dice la verdad.

Los profetas escribieron que Jesús sufriría y moriría, y así fue. Jesús dijo que algunos de sus seguidores pasarían por lo mismo que él. Pero también afirmó: “Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción, pero confiad, yo he vencido al mundo” (Juan 16:33).

No hace mucho pasé una revisión médica. Mientras hablábamos, el médico me dijo algo que no olvidaré: que no debemos pensar en lo que no tenemos, sino en lo que sí tenemos. Esa idea me gusta. En la vida cristiana es fácil centrar la atención en lo que falta y pasar por alto lo que ya se tiene. Usted dirá: “A veces parece como si no tuviera nada”. Piense en lo que tiene. Usted tiene la esperanza en la venida del Señor.

Señor, si hoy desfallezco, recuérdame la bendita esperanza.

Para que la Escritura se cumpliera

Basado en Lucas 19:29 al 44

“Me es necesario hacer las obras del que me envió, mientras dura el día; la noche viene, cuando nadie puede trabajar” (Juan 9:4).

UNO DE LOS acontecimientos más importantes del ministerio de Jesús fue su entrada triunfal en Jerusalén. ¿Por qué permitió Jesús que la atención se centrara en él cuando entró como rey en la ciudad? No era apropiado que el Cordero de Dios fuera al altar sin que nadie lo viera; no era adecuado que Aquel que quita el pecado del mundo fuera llevado al templo sin que nadie se apercibiera de él. En cuestión de días sería crucificado. Por lo tanto, todas las miradas fueron atraídas sobre él y supieron quién y qué era; de modo que, con hechos y con palabras, pudo decir a Israel: “Yo soy Aquel que tenía que venir. De mí dijeron los antiguos profetas: ‘He aquí, vengo; en el rollo del libro está escrito de mí; el hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón’ (Sal. 40:7, 8)”.

Con su entrada triunfal en Jerusalén Jesús consiguió que sus enemigos conocieran su verdadera influencia sobre el pueblo. De haber tenido planes para acceder al trono y permitir que sus siervos plantaran batalla, la antigua bravura del pueblo judío se habría encendido como un fuego abrasador y sus enemigos habrían tenido que huir.

Con todo, la razón principal de esta muestra de adoración era que Jesús era cuidadoso y fiel en el cumplimiento de la profecía de las Sagradas Escrituras. “¡Alégrate mucho, hija de Sion! ¡Da voces de júbilo, hija de Jerusalén! Mira que tu rey vendrá a ti, justo y salvador, pero humilde, cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna” (Zac. 9:9).

¡Ojalá fuésemos capaces de valorar en su justa medida las palabras que pronunció el Señor! ¡Ojalá estuviésemos dispuestos a cambiar el curso de nuestro pensamiento y nuestras enseñanzas en lugar de despreciar una palabra inspirada! La obediencia a las Escrituras era el camino de Cristo, cabeza de su iglesia, y debería ser el de sus miembros. Si el propio Rey pone sumo cuidado en obedecer todas y cada una de las palabras salidas de la boca de Dios, ¿cuánto más nosotros?

Señor, mi oración para hoy es que hagas una entrada triunfal en mi vida.

¡Ojalá un día pueda estar con los que te proclaman Rey de reyes y Señor de señores!

“Ejemplo os he dado”

Basado en Juan 13:15

“Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido” (Mateo 23:12).

LA NOCHE en que fue traicionado, en el aposento alto, Jesús hizo algo que era impensable para los discípulos. En la cultura de los tiempos bíblicos, nadie que no fuera un sirviente hacía eso. Sin embargo, Jesús tomó una toalla y comenzó a lavar los pies de sus discípulos. Pedro fue el más sorprendido y protestó en voz alta diciendo que él jamás permitiría que Jesús le lavara los pies.

Jesús explicó que si no le permitía que le lavara los pies, no podía ser su discípulo (Juan 13:8). Luego, cuando acabó, dijo: “Ejemplo os he dado para que, como yo os he hecho, vosotros también hagáis” (Juan 13:15).

La cultura de nuestro tiempo enseña que para ser alguien importante es necesario, por decirlo de algún modo, “trepar” sobre las espaldas de los demás. El mundano quiere ascender a cualquier precio. Pero, con su ejemplo, Jesús nos enseñó que subir es lo mismo que bajar.

En Florida, donde vivimos, hay muchas fuentes de agua que proceden de ríos subterráneos. Algunas son tan caudalosas que, nada más salir a la luz, el agua ya corre como un verdadero río. Es habitual que los aventureros se pongan una escafandra y, buceando, exploren los ríos subterráneos.

Un día un hombre que estaba explorando el interior de una de esas fuentes, de pronto tuvo la impresión de que las burbujas que salían de su respirador iban hacia abajo. Se dio cuenta de que algo andaba mal con su sentido de la orientación y que era preciso salir de ahí. Pero no sabía en qué dirección ir. Sabía que las burbujas siempre suben y que, si quería salir, tenía que seguir las.

Pero temía seguir las, porque le parecía que iban hacia abajo. Si no quería morir ahogado, tenía que tomar una decisión con rapidez. ¿Qué hacer: lo que sabía que es lo correcto y seguir las burbujas que “bajaban” o ir en la dirección que él creía que era la correcta? Eran los hechos contra la sensación. Afortunadamente, decidió hacer lo que sabía que era correcto. Siguió las burbujas, aunque pareciera que bajaban, y pronto estuvo sano y salvo en la superficie.

El buzo descubrió que, si quería subir, tenía que ir hacia abajo. Así mismo debemos hacer los seguidores de Jesús.

El corazón de un siervo

Basado en Juan 13:15

“Y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí” (Mateo 10:38).

EL AMOR es la cosa más grande del mundo, pero también puede ser la más diminuta, porque se manifiesta en las cosas pequeñas y comunes de la vida. Si queremos ganar el corazón de los que nos rodean, tendrá que ser con el amor; un amor que se muestra en el servicio a los demás. Una cosa es decirle a alguien que se lo ama y otra muy distinta es mostrar ese amor sirviéndolo. Cuando permitamos que el Espíritu Santo nos dé un corazón de siervo entenderemos cómo era Jesús. Manifestaremos el espíritu de Cristo, tanto en las cosas que hagamos como en el espíritu con que las hagamos; es decir, con bondad y amabilidad.

Nada es demasiado difícil para el amor. El amor nunca habla de sacrificio. El amor hizo de Jesús un siervo. Servir a los demás sin amor hará que el servicio sea una carga. Solo el amor hará que el servicio y el trabajo sean tal bendición para nosotros que nunca quereremos renunciar a ellos. Sin embargo, es posible que, como Jesús, por el camino tengamos que lavar los pies de algún Judas.

Piense en lo que debió ser que Jesús lavara los pies del hombre que, en pocas horas, lo traicionaría y lo entregaría para que lo mataran. Como siervos, habrá momentos en los que aquellos a quienes va dirigido nuestro servicio nos lo recompensarán con ingratitud e incluso traición. Asimismo, también es probable que haya quienes, como Pedro, primero rechacen nuestro amor y luego se impacienten con nosotros porque querrán que hagamos más. Solo si el amor de Jesús habita en nuestro corazón podremos tener la paciencia, el valor y la sabiduría necesarios para la obra a la que el Señor nos llamó con su ejemplo.

Cuando las cosas vayan de mal en peor, si usted es como yo, tendrá que recordar continuamente las palabras de Jesús que se recogen en el versículo para memorizar de hoy. Jesús no solo nos llama a negarnos a nosotros mismos, sino que nos mostrará cómo vivir como siervos. Vea hoy de cuántas maneras puede expresar el amor de Jesús a los demás.

Por nosotros fue herido

Basado en Marcos 14:65

“Mas él fue herido por nuestras rebeliones,
molido por nuestros pecados” (Isaías 53:5).

UN DÍA DE PRIMAVERA, yo viajaba en tren desde Nueva Delhi, la capital de la India, hacia la frontera con Pakistán. Me acompañaba otra familia misionera. Tenían dos hijos, un niño y una niña. La niña tenía unos doce años de edad; y el niño, probablemente nueve. Habíamos comprado billetes para viajar en un compartimento de primera clase. En principio, decir que viajábamos en primera podría parecer todo un lujo, pero el compartimento no era grande. Había dos bancos tapizados, uno frente al otro. El hombre y su esposa estaban sentados frente a mí con su hijo entre ellos. Yo estaba sentado frente a ellos con las rodillas que casi se tocaban. A mi lado, en el asiento más cercano a la ventanilla, estaba su hija.

Para que entrara el aire fresco, habíamos abierto la ventanilla. Apenas el tren había empezado a salir del andén, sentí que por mi mejilla corría algo que me pareció agua fría. Levanté la vista para ver de dónde venía a la vez que me ponía la mano en la cara. Cuando miré mi mano, estaba cubierta con algo húmedo y de color sangre.

Parece ser que, cuando el tren empezó a moverse, alguien que estaba de pie en el andén, mascando nuez de betel, escupió por la ventanilla y nos salpicó en la cara a la hija de los misioneros y a mí. La nuez de betel es un narcótico suave que se mastica en esa parte del mundo, pero, a diferencia del jugo de tabaco, es de color rojo. La única explicación que tengo para que esa persona nos escupiera era que quiso gastarnos una broma.

Pero a mi mente acudieron las palabras: “Le golpeaban la cabeza con una caña, lo escupían y, puestos de rodillas, le hacían reverencias” (Mar. 15:19). “Cristo se entregó en sacrificio expiatorio para salvar a un mundo perdido. Fue tratado como nosotros merecemos, para que nosotros seamos tratados como él merece. Fue condenado por nuestros pecados, de los cuales él no participó, para que nosotros fuésemos justificados por su justicia, de la cual no participábamos. Sufrió la muerte que nos toca a nosotros, para que nosotros recibiéramos la vida que a él le pertenecía. ‘Por su llaga fuimos curados’ (Isa. 5: 5)” (*Testimonios para la iglesia*, p. 221).

Hoy dedique un minuto a recordar y agradecerle a Jesús lo que hizo por usted.

Oren conmigo

Basado en Lucas 22:36 al 46

“¿Por qué dormís? Levantaos y orad para que no entréis en tentación” (Lucas 22:46).

LA ÚLTIMA CENA había terminado. Jesús y sus discípulos habían llegado al huerto de Getsemaní. Aquella noche se decidía si Jesús estaba dispuesto a beber la amarga copa del sufrimiento y la muerte.

Jesús dejó a sus discípulos y se adelantó un trecho para orar a solas. Antes de apartarse, les pidió que ellos también oraran para no caer en tentación. Entonces Jesús los dejó para iniciar el duro combate para el cual había venido al mundo

Lleno de angustia, pasó un tiempo a solas tras el cual sintió la humana necesidad de compañía y aliento, por lo que regresó donde estaban los discípulos. Seguro de que estarían orando por él. Pero estaban dormidos. ¿Cómo era posible?

En cierta ocasión, trajeron a un endemoniado ante un grupo de pastores. Mientras oraban por él, el espíritu empezó a hablar. No es cosa que yo recomiendo, pero uno de los pastores empezó a dialogar con el espíritu. Le preguntó si alguna vez había ido a la iglesia. La respuesta fue afirmativa. Eso llevó a otra pregunta: “¿Qué haces en la iglesia?”. Su respuesta no debería ser ninguna sorpresa para nosotros: “Hago que la gente se duerma”. Todos sabemos que Satanás es un mentiroso, pero ese día dijo la verdad.

Si el diablo no puede impedirnos que vayamos a la iglesia, hará todo lo que esté a su alcance para que nos durmamos. ¿Por qué cuando entramos en la iglesia estamos completamente despiertos y, nada más empezar el sermón, nos vence la modorra, empezamos a cabecear y acabamos durmiéndonos?

¿Cómo habría cambiado aquella noche la historia de Getsemaní si los discípulos no se hubieran dormido? Por un lado, no habrían huido. En segundo lugar, Pedro no habría negado a Jesús.

Aunque el sueño es necesario para nuestra salud física, en la vida espiritual nunca deberíamos dormirnos. Si dormimos espiritualmente, corremos el riesgo de perder la batalla. Si no nos mantenemos desvelados, será más probable que, en lugar de resistir, huyamos como los discípulos.

¡Despierte de su sueño! No corra el riesgo de negar al Señor por estar dormido cuando tendría que velar.

“Cada cual su cruz tendrá”

Basado en Mateo 10:38 y 39

“Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Mateo 16:24).

EL ASESINATO del Hijo de Dios fue el crimen más horrendo jamás perpetrado. La muerte por crucifixión no tenía significado simbólico alguno; su único objetivo era causar una muerte lenta, dolorosa y expuesta al público.

La víctima veía cómo sus muñecas, y no las palmas de las manos (porque estas no pueden soportar el peso del cuerpo), eran atravesadas con clavos. A menudo, quebraban las piernas del crucificado para que muriera más rápidamente. La mayoría de los crucificados morían de deshidratación y fatiga, no a causa de la pérdida de sangre o las heridas. La crucifixión era una muerte horrible, dolorosa y lenta, en la que la víctima podía agonizar durante días antes de morir.

En la antigua Roma, el que llevaba una cruz a cuestras y empezaba a andar por el camino que lo conducía al lugar de crucifixión ya se había despedido de sus amigos. Sabía que no iba a volver. La cruz no tenía compasión. Era un punto final. Una vez levantada, golpeaba con fuerza y crueldad hasta que, cuando terminaba su obra, la víctima estaba muerta. En la cruz no se “mata el tiempo” como en la cárcel.

“Y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí” (Mat. 10:38). Pensar que, puesto que Jesús sufrió por nosotros, nos libramos de todo sufrimiento es cómodo; pero nada más lejos de la verdad. Él dijo: “En el mundo tendréis aflicción” (Juan 16:33). Algunos llevan una crucecita colgando de una cadena alrededor del cuello porque así, creen, van a la moda. La cruz que Jesús dice que tenemos que cargar no es algo que se lleve en una cadenita o colgando del retrovisor de un automóvil.

Llevar la cruz de Jesús es sufrir por su causa. El sufrimiento no es nada nuevo. La gente sufre por muchas razones. Pero sufrir por causa de Cristo es otra cosa. No obstante, la Biblia dice: “Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Tim. 3:12).

Thomas Shepard escribió la letra de un himno cuyas palabras hoy son un desafío para nosotros: “¿Deberá Jesús la cruz llevar / y el hombre en cambio no? / No, cada cual su cruz tendrá: / la mía llevo yo” (*Himnario adventista*, ed. 1962, n° 263).

¡Vive!

Basado en Juan 20:24 al 30

“Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, créste; bienaventurados los que no vieron y creyeron”
(Juan 20:29).

¿SE HA PREGUNTADO alguna vez qué sucedió con los discípulos de Jesús? No esperaban que resucitara. Una y otra vez, el Maestro les había dicho que moriría y después de tres días se levantaría de la tumba, pero no lo entendieron.

Cuando Jesús murió, los discípulos eran once hombres atemorizados que corrían a esconderse para salvar la vida. Su líder había muerto y su sueño se había hecho añicos. Sin embargo, varios días después de la resurrección, aquellos mismos once hombres eran audaces, valientes y visionarios. ¿Qué provocó tan gran cambio? No era que vieran una tumba vacía; era que habían visto a Cristo vivo, resucitado de entre los muertos. Por fin lo entendieron todo y estaban ansiosos por compartir la buena nueva.

Los fariseos trataron de difundir el rumor de que los discípulos habían llegado por la noche y robaron el cuerpo y así poder decir a la gente que había resucitado (ver Mat. 27:64). Pero, ¿qué ganaban los discípulos urdiendo tal engaño? La mayoría de ellos perdió la vida por defender sus convicciones. ¿Quién estaría dispuesto a morir por defender una mentira? Si los discípulos mentían, engañaban deliberadamente al mundo entero.

Una de las razones de la propagación del cristianismo en el siglo I d.C. era el comportamiento puro, honesto, sincero y veraz de los discípulos. Todo el mensaje de Cristo es que nos amemos unos a otros, seamos amables y digamos la verdad. ¿Podrían haber vivido una mentira colosal? No, habían visto a Cristo resucitado. Sus vidas cambiaron radicalmente. Así, salieron al mundo para contar la buena nueva del amor de Cristo por cada persona, de su muerte como su sustituto, de su resurrección para vencer a la muerte y que él vive.

Solo un discípulo se libró del martirio. Santiago, hijo de Alfeo, fue apedreado y Tadeo, su hermano, decapitado. Pedro, Andrés, Felipe y Bartolomé fueron crucificados. Mateo, Tomás y Santiago, hijo de Zebedeo, fueron muertos a espada. Marcos fue arrastrado hasta morir. Tan solo Juan murió de viejo.

Señor, ya sea por mi vida o por mi muerte, quiero ser siempre un testigo de la verdad.

Santificarlo

Basado en Mateo 12:8

“Y les di también mis sábados, para que fueran por señal entre yo y ellos, para que supieran que yo soy Jehová que los santifico” (Ezequiel 20:12).

UNA JOVEN PAREJA alquiló una casa de vacaciones durante una semana. Una tarde el esposo miró por una ventana que estaba junto a la piscina y exclamó: “¿Qué te parece si nos cambiamos de ropa y hacemos algo de ejercicio?”. Su esposa, que estaba fregando los platos en la cocina y, mirando por la ventana, veía a algunas personas que jugaban al tenis, estuvo de acuerdo. Mientras ella se vestía para jugar un partido de tenis, él se puso el traje de baño. La ventana que una persona escoge para mirar el mundo determina su percepción de la realidad.

¿A través de qué ventana mira usted cuando se aproxima el sábado? Para muchos ese día es como un semáforo en rojo. Llega el viernes y cuando el sol empieza a ponerse tenemos que echar el freno a la vida; aun así, acabamos ignorando el semáforo. Nos pasamos las horas del sábado mirando el reloj hasta que, llegada la puesta de sol, chirrían los neumáticos... y vuelta a la vida.

Otros consideran que el día de reposo es como estar en la cárcel. Incapaces de hacer lo que quieren, no pueden esperar hasta el atardecer. Hay algunos que se dedican a una “creativa” observancia del sábado. Nada más acabar el servicio de culto en la iglesia, salen disparados al restaurante más próximo. Aún otros dicen que para ellos es una bendición pasar el sábado en la piscina, jugando en la playa o viendo un poco de televisión.

Estoy convencido de que el sábado tiene algo especial para nosotros y quiero descubrir de qué se trata. La Biblia promete: “Bienaventurado el hombre que hace esto, el hijo del hombre que lo abraza: que guarda el sábado para no profanarlo, y que guarda su mano de hacer lo malo [...] Y a los hijos de los extranjeros que sigan a Jehová para servirle, que amen el nombre de Jehová para ser sus siervos; a todos los que guarden el sábado para no profanarlo, y abracen mi pacto, yo los llevaré a mi santo monte y los recrearé en mi casa de oración” (Isa. 56:1, 2, 6, 7).

Busque el significado de la palabra “profanar”. Suena como algo que no queremos hacer.

Un aniversario

Basado en Mateo 12:8

“Santificad mis sábados, y sean por señal entre mí y vosotros, para que sepáis que yo soy Jehová, vuestro Dios”
(Ezequiel 20:20).

RESUELVA ESTE ACERTIJO: ¿Cuándo es el cumpleaños de la madre de Adán?
Respuesta: La madre de Adán es la tierra (ver Gén. 2:7). Todos los sábados celebramos el cumpleaños de la tierra. Pensar en el sábado como un cumpleaños es agradable, pero no acabo de sentirme cómodo con la idea. Deje que se lo explique. Mi cumpleaños es el de una sola persona: yo. En mi cumpleaños, ¿dónde está el centro de atención? Soy yo. Digámoslo claro, en mi cumpleaños yo soy el homenajeado.

Por otra parte, yo prefiero ver el sábado como un aniversario de boda. Los aniversarios de boda no tienen que ver con el yo sino con el nosotros. El sábado no tiene que ver solo conmigo, sino con nosotros: Dios y yo. Solo celebran aniversarios de boda las personas casadas. El sábado es para personas comprometidas. Según las Escrituras, el séptimo día es una señal entre Dios y quienes lo sirven (Éxo. 31:13). Por tanto, si alguien no sirve a Dios o no considera a Jesús como su Señor, el sábado no le incumbe. A veces suponemos que, si predicamos el sábado en todo el mundo, terminaremos la misión de Dios en la tierra. No, el mundo no necesita el sábado. Necesita a Jesús. Las bendiciones del sábado llegan después de que la persona se ha comprometido con Jesús; igual que sucede con un aniversario de boda, que se celebra después del matrimonio.

Pero los aniversarios de boda se producen solo una vez al año. Dios sabía que necesitamos tiempo de calidad con él más de una vez al año. Por eso nos dio un “aniversario” cada siete días. Durante seis días trabajamos duro, pero el séptimo tenemos libertad para descansar (Éxo. 20:8-11).

Jesús quiere que dejemos a un lado las cosas de la semana que nos han fatigado y estresado para que podamos descansar en él.

En cierta ocasión, el conductor de un carro de heno, de camino al mercado, adelantó a un anciano que llevaba a cuestas una pesada carga. Se compadeció de él y lo invitó a subir al vehículo. Agradecido, el anciano aceptó y subió a la parte de atrás. Después de unos minutos, el conductor se volvió para ver cómo estaba el hombre. Para su sorpresa, descubrió que el anciano todavía se debatía bajo la pesada carga porque no se la había quitado de los hombros. El sábado es un momento para quitar las cargas de los hombros.

Suelte el arco

Basado en Mateo 12:8

“Acontecerá en aquel tiempo que la raíz de Isaí, la cual estará puesta por pendón a los pueblos, será buscada por las gentes; y su habitación será gloriosa” (Isaías 11:10).

No sé cómo a alguien se le pudo ocurrir la idea de que cada semana, cuando llega el sábado, Dios nos quita algo bueno. Por lo menos algunos lo ven de esa manera. No obstante, los casados no consideran que su aniversario sea la negación de nada bueno. Por ejemplo, suponga que es su aniversario y usted y su cónyuge tienen previsto salir. Pero yo voy y digo:

–Oigan, ¿por qué no vienen los dos a mi casa esta noche?

Inmediatamente, usted me contestaría:

–No, gracias.

–¿Qué sucede, no les caigo bien? –protestaría yo.

Y usted respondería:

–¡Claro que nos cae bien! Pero esta noche es nuestro aniversario de boda y queremos salir.

El aniversario del sábado es nuestro tiempo con Dios. Es nuestro. El mundo quiere compartir el sábado con nosotros, pero no debemos dejar que eso suceda. ¿Ha trabajado duro esta semana? Le voy a dar una buena noticia: en seis días o menos se librará de la rutina. Saber que no tenemos que soportarlo durante más de seis días ayuda a sobrevivir. Jesús invita a todos los que están cansados a descansar en él (Mat. 11:28).

Un hombre vio que un profesor participaba en los juegos infantiles de unos niños. Se echó a reír y le preguntó al profesor por qué desperdiciaba su tiempo con una actividad tan frívola. El profesor respondió tomando un arco, soltando la cuerda y volviéndolo a poner en el suelo. Entonces dijo al criticón:

–Ahora resuelva el acertijo, si es que puede... Díganos qué implica que el arco no tenga cuerda.

El hombre lo miró unos instantes, pero no tenía ni idea de a qué se refería el profesor. El profesor explicó:

–Si mantiene un arco en tensión constante, llegará un momento en que se romperá; pero si suelta la cuerda y permite que se enderece, cuando lo necesite, estará en mejor condición.

Cuando Dios “reposó de toda su obra” (Gén. 2:3), estableció una pauta para nosotros. Deberíamos tomarnos su ejemplo muy en serio. Por tanto, reserve cada sábado como un tiempo especial para reposar físicamente y para renovar-se espiritualmente y emocionalmente. Si dedica tiempo a “aflojar el arco”, estará en las mejores condiciones para el Señor.

Solo Dios y usted

Basado en Mateo 12:8

“Si retraes del sábado tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llamas ‘delicia’, ‘santo’, ‘glorioso de Jehová’, y lo veneras, no andando en tus propios caminos ni buscando tu voluntad ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en Jehová” (Isaías 58:13-14).

LE EXPLICARÉ qué es, a mi juicio, una buena guía para la observancia del sábado. Recuerde que el sábado no tiene nada que ver con el reloj o el calendario, sino con nuestra relación con Dios. El aniversario de boda es importante porque celebra el matrimonio. Por tanto, si el sábado tiene algún significado, este surge del compromiso con Jesús.

Supongamos que se acerca nuestro aniversario de boda y mi esposa me pregunta:

–Cariño, ¿qué haremos el día de nuestro aniversario? ¿Qué te parece si comemos fuera?

Yo podría responder:

–Sí, vayamos.

Luego añade:

–Es que últimamente hemos trabajado mucho y creo que sería agradable que fuéramos solo nosotros dos.

–¿Qué dices? ¿Nosotros dos solos? –protesto–. Yo había pensado en llevar a alguien con nosotros.

–¿En quién pensabas?

–En Alice, una antigua novia de los días en que iba a la academia. Esta semana está en la ciudad.

Por suerte, la ilustración se acaba aquí.

Pero queda claro que sería algo muy inapropiado. Dejé de amar al mundo y las cosas que están relacionadas con él (1 Juan 2:15). Así, cuando pienso en lo que es apropiado hacer en este día tan especial, un buen principio a seguir es el siguiente: No traer a las antiguas parejas. Pertenecen a la vida antigua. Por eso no voy a la playa en sábado. La playa es para los otros días, para otras ocasiones, pero no para el aniversario del sábado. Tampoco voy al restaurante en sábado, porque el ambiente me distrae. Soy de la opinión que, en la medida de lo posible, deberíamos rodearnos de un ambiente y la compañía de quienes celebran el aniversario de manera parecida a la nuestra.

Si yo insistiera en llevar a mis antiguas novias al aniversario de mi boda, mi esposa empezaría a dudar si realmente siento algo por ella. De manera similar, si pasamos el sábado relacionándonos con el mundo y divirtiéndonos, no tarda en surgir la pregunta de si realmente valoramos nuestra relación con Dios.

Planifique el día

Basado en Mateo 12:8

“Ahora, pues, Israel, ¿qué pide de ti Jehová, tu Dios, sino que temas a Jehová, tu Dios, que andes en todos sus caminos, que ames y sirvas a Jehová, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma”
(Deuteronomio 10:12).

EN CIERTA OCASIÓN, un escultor de renombre recibió la visita de un escritor famoso. El visitante vio un gran bloque de mármol en una esquina y preguntó para qué era.

–Aún no lo sé. Todavía no tengo un plan decidido.

El escritor quedó sorprendido.

–¿Quieres decir que planificas tu trabajo? ¿Por qué? Yo cambio de opinión varias veces al día.

–Eso está muy bien para un manuscrito que pesa poco más de un kilogramo –respondió el escultor–, pero no para un bloque de mármol de más de tres toneladas y media...

El sábado es como un bloque de mármol. Podemos echarlo a perder, podemos desperdiciarlo o podemos sacar lo mejor de él; bastará con que pensemos y planifiquemos un poco. Estoy convencido de que honrar las horas del sábado tiene mucho que ver con planificar por adelantado; no tanto criticando lo que no se debiera hacer, sino planeando cosas que sí podemos hacer. En los próximos días, le explicaré algunas de las cosas que nuestra familia hace para que el sábado tenga un significado. Tan pronto como empiece a pensar en ello, descubriré que las posibilidades de honrar a Jesús en su día son infinitas.

Dios nos dio seis días para hacer nuestro trabajo y se reservó para sí el séptimo. Ese día tendría que ser una bendición para nosotros, un día en el que podamos poner a un lado todos los asuntos seculares y centrar el pensamiento en Dios y en el cielo.

Un día, un hombre desafió a otro para ver quién de los dos hacía más leña durante todo un día. El desafiador se esforzó mucho y solo hizo una corta pausa para almorzar. El otro tomó el almuerzo tranquilamente e hizo varias pausas a lo largo del día. Al final del día, el retador estaba sorprendido, y molesto, al comprobar que el otro había cortado mucha más madera que él.

–No lo entiendo –dijo–. Cada vez que yo comprobaba cómo iba el desafío, tú estabas descansando y, sin embargo, has cortado más madera que yo...

–Pero no te fijaste –dijo el ganador– en que yo me dedicaba a afilar el hacha cada vez que me sentaba a descansar.

El descanso del sábado es como afilar el hacha. El resto de la semana pasa de manera más agradable.

La preparación es la clave

Basado en Mateo 12:8

“Él les dijo: Esto es lo que ha dicho Jehová: `Mañana es sábado, el día de reposo consagrado a Jehová; lo que tengáis que cocer, cocedlo hoy, y lo que tengáis que cocinar, cocinadlo; y todo lo que os sobre, guardadlo para mañana” (Éxodo 16:23).

REPASANDO LA HISTORIA de los israelitas y el maná podemos sacar una gran lección sobre la preparación del sábado. En el sexto día se depositaba una cantidad doble de maná y el pueblo tenía que reunir doble ración. En la actualidad, el Señor es tan escrupuloso con respecto a su sábado como lo era en tiempos de los hijos de Israel.

¿Sabe usted cómo hacer que el sábado lo bendiga doblemente? Una de las bendiciones procede de las propias horas del sábado y la otra se obtiene con la preparación de su llegada. Dos de nuestros hijos viven en otro estado, por lo que se puede imaginar cuánto nos alegramos cuando nos visitan. Varios días antes de su llegada mi mujer se afana limpiando sus habitaciones y yendo a la tienda de comestibles. Hemos descubierto que la preparación es ya la mitad de la diversión.

Cuando yo era niño, el viernes era un día de preparación. Dábamos betún a los zapatos y preparábamos la ropa. Mi madre hacía limpieza general a la vez que se pasaba el día en la cocina, horneando y cocinando deliciosos manjares. Finalmente, cuando el sol estaba a punto de ponerse, nos llamaba y nos sentábamos para adorar juntos al Señor.

En la actualidad, muchas mujeres trabajan fuera de casa y los esposos tienen un largo trayecto desde casa al trabajo. Es probable que ni siquiera pueden llegar antes de la puesta de sol. Si tenemos en cuenta esto, es imposible prepararse para el sábado como antes. Por tanto, en casa, la preparación para el sábado empieza ya el jueves con las compras semanales y también alguna que otra limpieza a fondo. El viernes por la tarde nos ocupamos de los asuntos de última hora. A mí me toca pasar la aspiradora y acabar las limpiezas que quedaron pendientes el jueves por la noche.

Sabemos a qué hora aproximada llegan nuestros hijos que viven fuera de la ciudad y nos aseguramos de estar en casa para encontrarnos con ellos. Con el sábado se aplica un principio similar. Si todavía no tiene la costumbre de orar y hablar con Jesús cuando empieza el sábado, insisto en que lo intente. Es algo que esperará toda la semana porque en ese momento se reunirá con todo el cielo en el descanso y la alabanza.